

Adelanto de *Lenguaje argento* (Taurus, 2026) de Oscar Conde

Un fructífero y atractivo juego de palabras (LN, sábado 30 de mayo, suplemento *Ideas*)

La figura retórica de la paronomasia es un juego de palabras basado en la similitud o parecido fonético entre dos vocablos. Incluye distintas variantes, como jugar con dos sentidos distintos de una misma palabra, o jugar con dos palabras homófonas u homógrafas sin relación etimológica entre sí, o parónimos en los que cambia una vocal, por ejemplo, en la expresión italiana *traduttore traditore*). Tiene usos en literatura —el famoso verso de Octavio Paz “El erizo se irisa, se eriza, se riza de risa”—, en trabalenguas —“tres tristes tigres comen trigo en un trigal”— y en eslóganes publicitarios —como el famosísimo *I like Ike* ‘me gusta Ike’, utilizado en la campaña presidencial de Dwight Eisenhower en 1952—.

Pero cuando un juego paronomástico tiene mayor gracia es en la llamada paronomasia por sustitución, donde no es necesario tampoco que dos vocablos se parezcan en su totalidad, sino que alcanza con que comiencen de manera idéntica o parecida, es decir que la semejanza fonética solo se da por lo general en la primera sílaba. En estos casos ambos términos no se encuentran en la misma frase, sino que uno simplemente reemplaza al otro. El atractivo de este juego de palabras tan fructífero radica en el aspecto fonético y nunca en el semántico. Las dos palabras (la que se quiere decir, que es la que aporta el significado, y la que se dice por la que se quiso decir, que es la que aporta el significante) no tienen ninguna relación etimológica ni de vecindad semántica.

El afán lúdico ha llevado a los hablantes argentinos a utilizar con muchísima frecuencia una palabra por otra —por más que en el léxico del español estándar signifiquen dos cosas completamente distintas—, lo que permite introducir, por ejemplo, atenuación o ironía. Desde el principio del siglo XX los hablantes argentinos comenzaron a adoptar este tipo de juego de palabras basándose no solo en formas coloquiales, sino también en nombres de marcas, de personajes literarios e históricos, de nombres de pila y de apellidos.

Por aquellos años al teléfono se lo llamaba popularmente *telefonque* (por la empresa alemana Telefunken). Al *cafishio* se lo empezó a llamar *caferata* por el apellido del médico y diputado cordobés Juan Félix Cafferata (1877-1957), autor de la Ley N° 9677 de 1915, conocida como ley de casas baratas, gracias a la cual en junio de 1921 se

inauguró el complejo de viviendas que lleva su nombre (Barrio Cafferata) y ocupa una porción de la actual jurisdicción de Parque Chacabuco. Comenzó a usarse también *andar escasany*, nombre de una conocida joyería porteña, en lugar de *andar escaso* (de fondos, se entiende). Y *tomarse el olivo* ‘irse’ podía usarse en la variante *tomarse el oliveti*, por la fábrica de máquinas de escribir fundada por Camillo Olivetti en 1908 cerca de Turín. Del apellido del genial compositor Nicollò Paganini (1782-1840), posiblemente el mejor violinista de todos los tiempos, en juego paronomástico con *pagador*, se empezó a usar *paganini* ‘persona habituada, voluntariamente o no, a pagar gastos ajenos’. El famoso general Oreste Baratieri (1841-1901), diputado del Reino de Italia entre 1876 y 1897, aportó, sin saberlo, su apellido para que nosotros, todavía hoy, llamemos *baratieri* a algo *barato*. Y lo mismo sucedió con el aviador Antonio Locatelli (1895-1936), que realizó la hazaña de unir los océanos Pacífico y Atlántico, volando sobre las altas cumbres de la Cordillera de los Andes, el 5 de agosto de 1919, en el que sería el primer correo aéreo internacional entre Chile y Argentina. *Locateli* se usó entre nosotros por décadas como una forma graciosa de decir *loco*. El segundo apellido del diputado uruguayo Luis Hierro Gambardella (1915-1991) dio origen, en su momento, a un juego paronomástico con *gamba*; los resultados fueron, en primer lugar, *gambardela* y, años después, también *gambardeli* ‘pierna’.

Luego de esto comenzaron a aparecer palabras modificadas por los sufijos más habituales en los apellidos de origen italiano, tema que ha estudiado en profundidad la lingüista Andrea Bohrn. Es curioso porque, por supuesto, estos sufijos no existen en español, por lo que debemos concluir que fue la altísima presencia de apellidos italianos en la etapa de mayor inmigración lo que alentó a los hablantes a tomar sufijos como *-eli* o *-eti*, para la invención de estos pseudoitalianismos, con fines que pudieron ser en cada caso lúdicos, atenuativos, irónicos o humorísticos. Así nacieron, *dureli* (por *duro*), *falluteli* ‘hipócrita’ (por *falluto*), *jovateli* ‘viejo’ (por *jovato*), *zurdeli* ‘izquierdista’ (por *zurdo*) y *figureti* ‘persona que busca figurar’, ‘persona que se muestra públicamente junto a famosos’, palabra que preexistió al personaje que con ese nombre comenzó a interpretar en televisión el actor Freddy Villareal a comienzos de la década de 1990. La misma Bohrn se ocupó de los sufijos propios de apellidos judíos, con los que sucede lo mismo. Así descubrió los usos de la fecundísima terminación *-ovsky* y todas sus variantes, simplificadas en el sufijo *-oski*. Entre sus hallazgos en redes sociales tenemos los transparentes *bichoski*, *bizarroski*, *boludoski*, *cansadoski*, *truchoski*, y *zurdoski*. Este

recurso no es nuevo: en *El conventillo de la Paloma* (1929), Alberto Vacarezza usa *chivanosky* en lugar de *chivo*, es decir, con el sentido de ‘enojado’.

Algo idéntico sucedió también con otros apellidos: *almazendi* se usó en lugar de *alzado* ‘sexualmente excitado’, *bejarano* en lugar de *viejo*, *mujica* en lugar de *mujer*, y *cangealosi* vale por *canje*, *caroli* por *caro*, *durañona* por *duro*, *gratarola* por *gratis*, *matienzo* por *mate*, *segurola* por *seguro*, *solari* por *solo* y *sequeira* por *seco* ‘sin dinero’, aunque también puede querer decir ‘harto’.

Ni hace falta decir que los juegos paronomásticos con sustantivos y adjetivos se multiplicaron. Hace un siglo *convoy* (corrupción de *cowboy* ‘vaquero’) podía sustituir a *conventillo*, *radicheta* a *radical*, *bizcocho* a *bizco*, *gaita* a *gallego*, *guitarra* a *guita*, *tordillo* a *tordo* (vesre de *doctor* ‘médico’) y *malaria* ‘mala suerte’, ‘período de adversidad económica’ a *mal*. Además de *cache*, se empezó a usar *cachirulo* con el sentido de ‘cursi’, *trolebús* con el de *trolo*, *cortina* con el de *corto* ‘falta de dinero’, *maraca* con el de *marica* y *maleta* con el de *malo* (en el sentido de ‘torpe’). Hasta alguna locución, como *de coté* ‘de costado’, tuvo su juego paronomástico: a través del francés *côtelette* ‘bife’ surgió *cotelete*. En la actualidad una gran cantidad de paronomasias por sustitución perduran en la conversación de todos los días: *lenteja* vale por *lento*, *champú* por *champán*, *corneta* por *cornudo*, *tragedia* por *traje*, *vagoneta* por *vago*, *pedal* por *pedo* ‘borrachera’, *cometa* por *coima*, *verdolaga* por *verde* ‘dólar’, *torta* por *tortillera*, *muzarela* por *mus* ‘silencio’, *traba*, *trabuco* y *travesaño* por *persona trans* y *faisán* por *faso* ‘cigarrillo de marihuana’. Un caso llamativo es el de *frescolari* por *fresco*, curiosamente con un sufijo del euskera que aparece en palabras que corrieron en otro tiempo en nuestro país, como los vasquismos *pelotari* ‘jugador de pelota vasca’ y *bertsolari* ‘improvisador de poemas populares recitados o cantados’.

También se presentan, desde bastante tiempo atrás, frases con paronomasias. En unas pocas se incluyen apellidos, y son del tipo de *¿qué me contursi?* (por *¿qué me contás?*) o *¿qué te parodi?* (por *¿qué te parece?*). Pero hay muchas otras: *no pasa naranja*, *me río de janeiro* y diversos saludos en forma de pregunta, como *¿qué acelga?*, *¿qué aceituna?*, *¿qué acento?* (válidas por *¿qué hacés?*), *¿qué container?* (por *¿qué contás?*), *¿qué talco?*, *¿qué tul?* (por *¿qué tal?*), *¿cómo andamio?* (por *¿cómo andás?*), *¿cómo te baila?*, *¿cómo te basquet?* (por *¿cómo te va?*) A ello se responde con un *todo viento* (*todo bien*) y se repregunta: *¿y bosque?*, *¿y botella?*, *¿y bosta?*, *¿y bocina?*, *¿y boston?*, *¿y bosnia?* (por *¿y vos?*). En tales contextos lúdicos, *holanda* equivale a *hola*,

todo viento a todo bien, chaucha a chau, nadando a nada, graciela a gracias, de nada a de nada, etc.